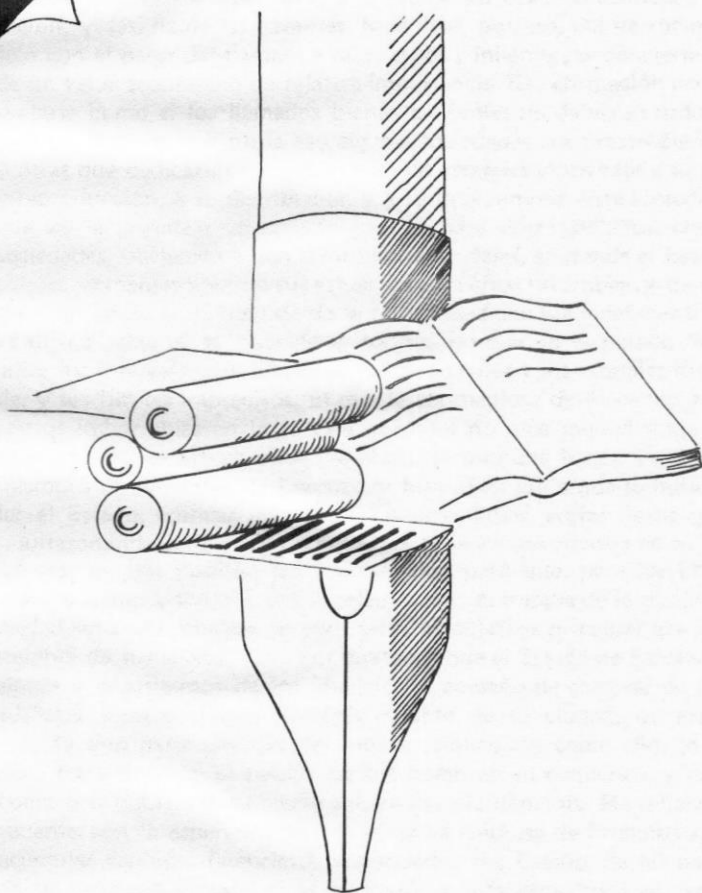


LA CULTURA COMO PRIVILEGIO



ALBERTO LLERAS CAMARGO
Expresidente de la República

en diversas formas. Así ha sido siempre. Las letras; las artes plásticas; no pocas de las ciencias, en especial las no aplicadas; la arquitectura, cuando pretende construir con ánimo decorativo y no necesariamente funcional; la música, el baile y tantas otras expresiones de la imaginación, y el diestro uso de las manos han tenido que buscar mecenazgo porque, como no son indispensables para el hombre, no se venden. Las horcas caudinas por donde han pasado los genios más extraordinarios de la humanidad, y quienes le han producido más satisfacciones, *a posteriori*, se levantan en todas las culturas para someter la soberbia de los escritores, arquitectos, escultores, pintores, músicos, bailarines, y, sin embargo, no han ahogado su capacidad de crear en las peores condiciones. Otros empeños superfluos, y principalmente los escénicos y aquellos de los juegos atléticos, se libertaron muy pronto del mecenazgo y aún se volvieron parte integrante de los oficios del Estado, y su cultivo, una de las obligaciones más perentorias de los gobiernos. Ahora mismo, cuando se trata, con esta empresa, de darle un moderado alivio a la situación de la cultura, más estrictamente definida y limitada, vemos que un país puede comprometerse a gastar cientos de millones de pesos en preparar un solo espectáculo, el mundial del 86, y en cambio el Instituto de Cultura vive de la caridad pública y privada, otorgada con mezquina mano. Por eso estamos aquí para discutir cómo puede establecerse un equilibrio, así sea inestable, entre uno y otro polo de estos fenómenos, ya que ambos son parte de la cultura general, a pesar de lo desordenada, subdesarrollada e indefinida que sea la nuestra.

Las variadas formas de la cultura son casi siempre minoritarias; hasta el fútbol y los juegos atléticos, el ciclismo, el periodismo, la producción de novelas, los toros, el circo, la poesía, la escultura, la artesanía y todas las demás a que se hará más de una referencia en este simposio. Unas, más que otras. Por eso requieren, para desarrollarse un poco, de apoyo. Sin ningún ánimo peyorativo yo diría que el propósito de esta nueva entidad es constituir una Dimayor de sectores minoritarios de la superestructura nacional, que merecen, y requirieron siempre, financiación adecuada, venga de donde viniere, aún a costa de humillaciones personales legendarias, como las de Cervantes o Shakespeare. No hay sino que oír las quejas y denuestos de los escritores más notables de nuestro tiempo contra sus editores y distribuidores para ver que las cosas sólo han cambiado de volumen y de sistema. La verdad es que la sociedad de consumo, más o menos implantada en todo el mundo occidental, no cree en ciertos productos y bienes de la cultura porque tiene sus ideas sobre lo que es popular, plebeyo y comprable. Y un concepto muy despectivo de las necesidades puramente culturales de la humanidad contemporánea. Por eso hay que crear entidades artificiales, como ésta, para tratar de enderezar en alguna forma tanta injusticia que nace directamente de su misma definición: se trata de que haya ciertas formas de cultura que el pueblo no tiene, no busca, no quiere, y que requieren un estímulo empeñoso para introducirse audazmente en esa maquinaria creadora y devoradora de necedades y futilidades que atraen la imaginación popular, aún a costa de sacrificios dentro de su agobiadora pobreza. El radio y la televisión, que son regalos ofrecidos gratuitamente al pueblo por las clases más ricas y el Estado conjuntamente, son, por eso mismo, y con pocas excepciones, ejemplos de una cultura ligera, indocta

e irrazonable. Se limitan a darle a las mayorías lo que les gusta, nunca lo que deberían querer y gustar.

En ese círculo de relaciones entre el subdesarrollo intelectual y sus fomentadores no surgiría aquello que una cultura libre y fuerte puede promover para tiempos mejores, más iluminados y vibrantes. Claro que hoy se hacen muchos experimentos que suelen tener frustraciones tremendas. Procultura no está condenada a tenerlos, porque está bien concebida, bien planeada, dentro de un sólido pragmatismo financiero.

Porque Procultura no va a crear, con su impulso solitario, una sociedad ejemplar en que todos los ricos se vuelvan súbitamente desinteresados, generosos y anónimos mecenas de las obras de arte e imaginación más dignas de apoyo, ni el Estado va a mejorar sensiblemente el aporte que viene prestando a este tipo de trabajos. Ya existen esas dos fuentes de financiación, y sólo se trata ahora de conseguirles una infraestructura equilibrada para hacerlas más útiles y, tal vez, más populares. Yo creo en ese empeño. No que la cultura florezca sólo por abonar el suelo con los dineros de esas dos fuentes; sino que surja y se afiance, más fácilmente, lo que sea capaz de existir y merezca sobrevivir, sin tanto fracaso anónimo. Las formas culturales que esta entidad quiere estimular y expandir han de tener, y ya tienen, algún antecedente, y hay hombres y mujeres que las han intentado y producido. Pero, claro, nada de lo que Procultura se propone se puede adelantar sin un severo acto de humildad, desde sus orígenes. Y me parece que así se presenta su programa de acción.

Este esfuerzo tiene, como es natural, autores a quienes debemos dedicar nuestro aplauso, y en especial a algunos de los más prominentes. Yo tributo los míos, sin reservas, al Instituto Colombiano de Cultura, cuya sorprendente brega por entre la maraña burocrática ha conseguido buena parte de sus propósitos con buen éxito, y a todos los organismos estatales que colaboran con el Instituto, y ya lo han venido haciendo con larga mano e intención purísima, dentro de líneas semejantes a las que ahora se proponen; y a Anif, y específicamente a aquellas instituciones financieras de la empresa privada que, sin muchas excepciones, han venido ofreciendo su contribución eficazísima al desenvolvimiento de la cultura nacional, aunque sin el método y las facilidades que quiere crear y mantener Procultura.

Una nación, por nueva que sea o por desarrollada que se encuentre, no puede descuidar la creación, el estímulo y la expansión de las formas culturales más conocidas y explotadas al través de la historia. No puede dedicarse sólo a crecer a la medida de los índices de su producto bruto, ciegamente, o al desenvolvimiento sordo y duro de las artes de la defensa, como Esparta. La pequeña y rígida sociedad que habitó esa aldea no habría llegado a nuestro conocimiento si no hubiera luchado tozudamente contra Atenas, cuyos signos de inteligencia y destreza artística ya habrían pasado a la inmortalidad. Casi que podría decirse que la civilización de Occidente es la copia o la reproducción libre de lo que se dijo en sus plazas o se vió en sus teatros o se guardó en sus bibliotecas, y que la impronta ateniense no tiene trazas de desaparecer.

Era, sin embargo, otra aldea que, de acuerdo con nuestros términos, y aún los romanos, resulta insignificante. Esa cultura se defendió del olvido y de la desaparición porque no solo el Estado sino todos los ciudadanos la formaron, la cuidaron, la pagaron y la extendieron.

Los responsables de esta reunión creen haber logrado una buena organización, una entidad conveniente, una asociación útil entre quienes tienen el dinero —los ricos y el Estado— y la inteligencia, siempre mal tratada, pobre y siempre triunfante. Procultura podrá, de seguro, crear un tipo nuevo de financiación y mecenazgo que no humille, ni imponga, ni desfigure la libertad de creación con algún disimulado propósito. Por eso creo que en este simposio ustedes le darán a Procultura su saludo, y le desearán el mejor de los viajes. Es lo que yo también quise hacer, con estas palabras.

ALBERTO LLERAS CAMARGO